

CANÇÓ

FERRAN RIERA

30 años y una historia

No empezó bien la cosa: la estricta puntualidad —exigida por la televisión— cogió a muchos por sorpresa, y a los que no sorprendió les dejó bastante fríos. Sonaba *Al vent*, primero en su grabación original de 1963 y después en la voz y la guitarra del Raimon de 1993, y no se veía claro que aquello acabara de arrancar.

Siguieron tres viejas canciones más del cantautor de Xàtiva, en plan introductorio, mientras se acababa de ajustar un sonido algo deficiente y los rezagados ocupaban las últimas localidades vacías. A un sector del público le dio por exigir que el concierto volviera a empezar —serían las ganas de reivindicar alguna cosa— coincidiendo con la aparición del uruguayo Daniel Viglietti, que apenas consiguió conectar con el personal con un *A desalambrrar* francamente desafortunado.

Viejos himnos

Claro que a los espectadores no pareció preocuparles que Viglietti no se creyera lo que cantaba, sino el hecho de volver a oír un tema emblemático que pierde su fuerza si su interpretación no tiene un sentido combativo. Esa sería, precisamente, una de las constantes de la noche: la de los viejos himnos que hoy suenan vacíos entre las paredes de diseño del Sant Jordi y con tantas autoridades en el palco de invitados. Sería Joan Manel Serrat el primero en conseguir el silencio total del público, el primero que situaría el festival en su punto, con tres de sus canciones más significativas —excelente *Pare-*, sin buscar la inmediatez de la consigna, sino la trascendencia del buen gusto.

Tras el *noi del Poble Sec*, el portugués Luis Cilia, desconocido por estas latitudes, tuvo que conformarse con entretener a la audiencia en una especie de paréntesis que luego cerraría Mikel Laboa con una magnífica exhibición de su trabajo: la canción en estado puro, cantada —gritadamente— con una voz que parece surgir del fondo de la historia, libre y ancestral. Toda una declaración de principios, musicales y de todo lo demás.

Tras el descanso, y con el ambiente poco caldeado todavía, Oriol Martorell volvió a ponerse al frente de la coral Sant Jordi para ofrecer sus versiones de *Cançó de les mans i D'un temps, d'un país* en una actuación más emotiva que otra cosa. Con Ovidi Montllor, acompañado como siempre

30 ANYS D'AL VENT

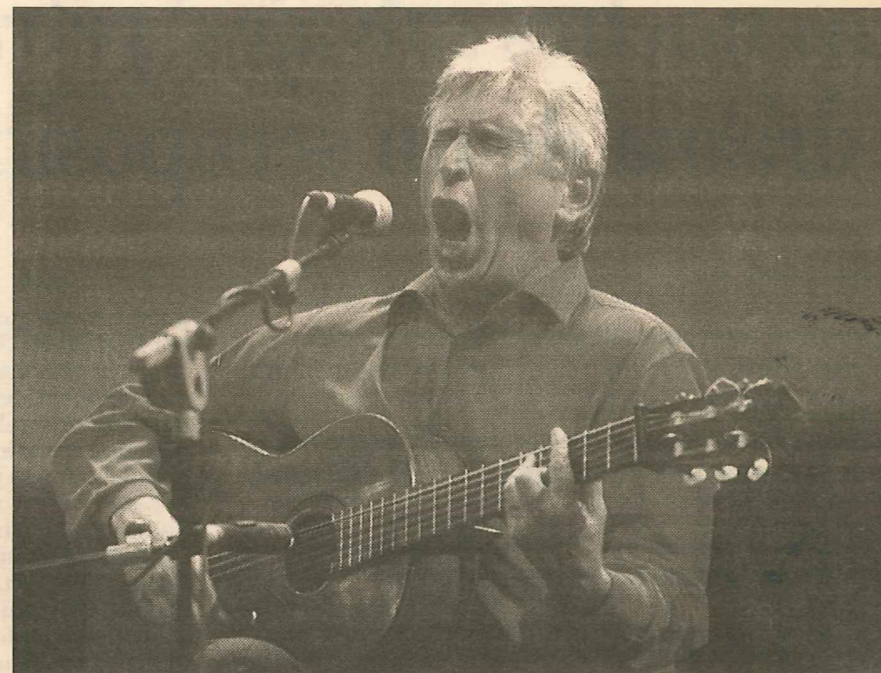
Raimon (guitarra y voz)
Invitados: La Lira Ampostina, Coral Sant Jordi, Daniel Viglietti, J. M. Serrat, Luis Cilia, Michel Portal, Mikel Laboa, Ovidi Montllor, Paco Ibáñez, Pete Seeger i Tao R. Seeger, Quico Pi de la Serra, Warabi-Za
Dirección escénica:
 Joan Lluís Bozzo

Palau Sant Jordi, 30 de abril

por Toti Soler, la velada tomó nuevos bríos. El de Alcoi supo aprovechar la oportunidad para poner de manifiesto la injusticia que representa su dilatado silencio discográfico. En este país no hay otro intérprete como él ni nadie que diga tantas cosas con un simple gesto. Un tema inédito, *Carnisseria*, fue la prueba más palpable de esa discreta grandeza.

Pasado el ecuador del festival, la política no había hecho acto de presencia activa en el Sant Jordi. Sería Paco Ibáñez, el más ovacionado de todos los invitados, quien lo provocara, después de susurrar con su hilo de voz cazallosa esos dos monomentos que son *Como tú* y *Palabras para Julia*, y antes de interpretar *A galopar*. Paco iba a meterse con los políticos presentes en el acto, pero por lo que pudiera pasar, cortó por lo sano diciendo al público: "Si han venido (los políticos), es porque estáis aquí, y no al revés." Los aplausos todavía se oyen.

Pete Seeger, con su banjo y con su nieto Tao, no tuvo problemas para mantener el clímax ascendente. Dos temas que ya forman parte de la tradición musical universal, *On han anat a parar totes les flors* y *Viva la 15 brigada*, hicieron subir varios grados la temperatura en el interior del recinto. Lástima que Quico Pi de la Serra no supiera mantener ese ambiente. Tal vez se equivocó en la selección de canciones, poco conocidas a excepción de la memorable *Home del carrer*; la cuestión es que la suya fue una de las intervenciones más anodinas de la noche; a continuación, el exotismo algo fuera de lugar del grupo japonés Warabi-Za dejó bastante despistado al público. Lo de cantar *Al vent* en japonés puede tener su gracia, pero de ahí no pasó la cosa.



CLIFTON SOLÉS

Raimon, en un momento de su actuación

Bien diferente, en cambio, fue la participación de la banda Lira Ampostina: sus 80 componentes, entre los que se escondía Raimon en funciones de flautista, desfilaron por el patio de butacas en un colorista pasacalles que culminó, ya en el escenario, con la interpretación de una *suite* Raimon no exenta de aciertos.

Llegaba la parte final del concierto. Raimon volvía a cantar, pero, como al principio, sus interpretaciones pecaban de cierta frialdad, no llegaban a conectar del todo con la audiencia. *Jo vinc d'un silenci*, por ejemplo, pasó con más pena que gloria. La aparición del saxofonista francés Michel Portal aportó más cuerpo al fondo musical de las canciones de este breve recital, que culminó con la preciosa *He mirat aquesta terra*.

Agentes de paisano

Pero, evidentemente, aquello no había acabado aún: el de Xàtiva, de nuevo solo, entonaba unos cuantos *bises* como *Veles e vents* —que ya había cantado antes—, *Al meu país la pluja* i *Diguem no*, que sería coreado, ahora sí, por los espectadores, tal vez por convicción, tal vez por obligación.

Fuera por lo que fuera, no es lo mismo corear esta canción mientras la policía espera en la calle, que hacerlo en un local rebosante de agentes de paisano, encargados de proteger a quienes antaño perseguían. Ignoramos si las autoridades presentes en el festival también cantaron el *Diguem no*, o la versión coral de *Al vent* que, a modo de colofón, interpretaron todos los participantes en el

acto para despedirse por última vez. Al fin y al cabo, *Diguem no* es una canción escrita contra el poder establecido, y muchos de los hechos que denuncia siguen produciéndose en cualquier parte del mundo. Por eso, el 30 aniversario de la grabación de *Al vent* no ha servido sólo para demostrar que Raimon sigue vivo, sino también para poner de manifiesto que sus canciones ya no hacen daño.

Canciones trascendentales

Más allá del sentido nostálgico de la convocatoria, más allá de su éxito y de su repercusión, esta masiva mirada al pasado puede tener una doble lectura: como ejercicio de recuperación de una memoria colectiva que se está perdiendo por momentos, o como un desprecio a un presente que no acaba de satisfacerlos porque cualquier tiempo pasado fue mejor, incluso contra Franco.

En cualquier caso, lo lógico sería que el concierto del viernes quedara en el recuerdo como un emotivo encuentro, de desarrollo bastante irregular, entre una serie de artistas que no sólo han escrito montones de canciones trascendentales, sino que se jugaban la vida al hacerlo. Lástima que a muchos de ellos se les acabara la inspiración en cuanto la protesta dejó de tener sentido.

El papel de Raimon en la historia reciente de este país es indudable. El 30 aniversario de *Al vent* fue una buena excusa para agradecerle colectivamente, durante cuatro horas, los servicios prestados. Ahora nos preguntamos: ¿Fue suficiente?